

HOMILIA DE LA MISA DE APERTURA DE LA ASAMBLEA GENERAL DE LAS HIJAS DE LA CARIDAD

París, 29 de octubre de 2021



Lecturas: Romanos 9, 1-5; Lucas 14, 1-6

Las lecturas de esta mañana son muy apropiadas al comenzar su Asamblea General, porque se relacionan bastante bien con el tema elegido: “¡EPHATA! Franquear la puerta ... Ir hacia ... Encontrarse ”.

En la primera lectura, el apóstol Pablo expresa su angustia por su pueblo porque no han respondido a la Buena Noticia de la venida del Mesías. Llega al extremo de decir que desearía ser maldito si eso les permitiera salvarse.

Ustedes también, estoy seguro, a menudo tienen el corazón lleno de dolor porque no pueden responder a todos los gritos de los pobres. Muchas de ustedes harían casi cualquier cosa para aliviar sus sufrimientos, pero sus manos a menudo están atadas por falta de medios o estancamientos burocráticos. A veces es imposible responder positivamente a sus muchas necesidades y esto es doloroso para ustedes.

El Evangelio de hoy relata un milagro de curación, parecido al que eligieron como tema de sus Asambleas durante los últimos dos

años. En el que seleccionaron, del Evangelio de Marcos, la gente lleva al sordomudo a Jesús para pedirle que le imponga su mano. En la curación de hoy, Jesús actúa sin una petición, porque sabe que lo están vigilando para ver si curará en sábado. Él elige hacer valer su autoridad como Señor del sábado para desafiar su forma de pensar. Al hacerlo, insiste tácitamente en que las leyes del sábado nunca impiden la realización de actos de caridad.

A nosotros también se nos llama a menudo a ser contraculturales, a ir en contra de la forma común de pensar. Esto requiere mucho coraje y convicción. Tenemos que estar profundamente arraigados en las enseñanzas de Jesús para estar dispuestos a seguir su ejemplo en este sentido. Seremos audaces en nuestras acciones sólo cuando estemos convencidos de lo que es correcto y justo.

Sin embargo, como nos recuerda Benedicto XVI,

«La caridad va más allá de la justicia, porque amar es dar, ofrecer lo “mío” al otro; pero nunca carece de justicia, la cual nos impulsa a dar al otro lo que es “suyo”, lo que le corresponde en virtud de su ser y de su obrar. No puedo “dar” al otro de lo mío sin haberle dado en primer lugar lo que en justicia le corresponde» (Caritas in Veritate, 6).

San Vicente también nos enseñó que “no puede haber caridad si no va acompañada de justicia; y nada puede obligarnos a hacer más de lo que podemos hacer razonablemente” (Sígueme II, 48).

Esforcémonos, por tanto, para tener el corazón de San Pablo, centrándonos por completo en nuestros esfuerzos para ayudar a los pobres y a los que sufren, y el corazón de Jesús, asegurándonos de

que todas nuestras acciones se lleven a cabo en la justicia y el espíritu del Evangelio.

Permítanme terminar con una oración que San Vicente ofreció a las primeras Hermanas:

Dios mío, nos entregamos a Ti para el cumplimiento de los planes que tienes sobre nosotros; nos reconocemos indignos de esta gracia; pero te la pedimos por el amor de tu Hijo; te la pedimos por la Santísima Virgen; te lo pedimos también por nuestras Hermanas que, en tu bondad, has querido llevar ya a tu paraíso. Dánosla, Dios mío, para tu gloria y bendición. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén (Sígueme IX/1, 132).

Tomaž Mavrič, CM
Superior General